

otros que el Señor no le conceda? Solícito siempre de nosotros aun en medio de su eterna felicidad, ¿cómo podremos dejar de reconocer en nuestro patrono un intercesor y protector poderoso en la gloria, que sirve de canal para comunicarnos las gracias de Dios y para que descienda sobre nuestros pueblos el rocío saludable de los cielos?

Falta, hermanos míos, que nosotros le reconozcamos también por nuestro doctor y maestro. Que vivamos según la ley santa de Jesucristo, que nos anunció, y según los ejemplos de virtud que descubrimos en su preciosa vida; que no injuriemos su memoria y confiemos temerariamente en su protección, teniendo unas costumbres que no pueden agradarle, y por las que nos reprendería severamente, y nos reprende con sus ejemplos; que no solo seamos justos y cumplamos los deberes de cristianos que somos por la gracia del Señor, sino que procuremos que lo sean todos, ardiendo en el celo y amor de Dios de nuestro patrono, y exhortando á todos á la virtud y santidad con una vida pura y unas costumbres que repriman, reprendan y condenen los vicios como discípulos fieles de san Fermín.

Glorioso patrono y abogado nuestro, como intérprete de los sentimientos y afectos de tantos pueblos que os reconocen por su especial patrono y de los de todos vuestros devotos, recibid la voluntad que tenemos de alabaros, de hacer públicas vuestras obras de bendición, de transmitir vuestra grata memoria á las generaciones venideras para que los hombres os bendigan y alaben hasta la consumación de los tiempos. Recibid estos obsequios en prueba del amor que os profesan nuestros corazones, y la alabanza de vuestras virtudes que nos gloriamos en hacer saber á nuestros descendientes, así como nuestros padres nos las comunicaron llenos de gozo y complacencia. Continúaos vuestros favores y sed como hasta aquí nuestro maestro y nuestro protector. Emplead vuestra poderosa intercesión con el Todopoderoso para que vengan sobre nosotros las bendiciones del cielo: la paz en nuestra patria, la unión en las familias, las lluvias y frutos de la tierra á sus tiempos, la salud corporal y sobre todo los bienes de la gracia, las costumbres inocentes y puras, la verdad, la justicia, las virtudes todas, para que viviendo según la ley de Jesucristo que nos anunciaste, gocemos después las recompensas eternas en vuestra amable compañía por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN FERNANDO, REY DE ESPAÑA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

COMO UN REY SANTO, SE GOBERNÓ SANTAMENTE Á SÍ MISMO,
ADMINISTRÓ CON JUSTICIA SU REINO Y PROCURÓ CON CELO LA
DILATACION DEL REINO DE DIOS.

Gubernavit ad Dominum cor ipsius.

Dirigió su corazón hácia el Señor.

Eclesiástico, c. 49. v. 4.

Vivir sujetándose y dominándose á sí mismo y conformándose con las leyes y preceptos de Dios y de la Iglesia, es el deber de todo cristiano y sin lo que no puede salvar su alma. Si para llenar estos deberes hallamos tantos obstáculos y dificultades en un mundo lleno de peligros, ¿cuántos hallará un rey poderoso de la tierra que no conoce otra voluntad superior á la suya en el mundo, y á quien la abundancia suministra medios para el bien y el mal, y los multiplicados negocios y cuidados distraen, perturban y hacen olvidar hasta de sí mismo? San Fernando puesto en el trono de las Españas confunde y desvanece las excusas de los grandes y poderosos, y hace ver á todos: que la santidad es propia de todos los estados y condiciones, y que en medio de la opulencia y el poder, así como en la pobreza, en el sacerdocio y en los claustros, puede el cristiano, no solamente cumplir los deberes de su religión, sino ser perfecto, ejemplar y santo. Él, como los piadosos reyes del pueblo de Dios, se unió al Señor con toda su alma, con todo su corazón y con todas sus fuerzas; destruyó las abominaciones de la impiedad, persiguió á los enemigos del Señor y procuró con

celo su culto y la magnificencia de sus templos. El dió el ejemplar de las virtudes en sí mismo, destruyó á los infieles, castigó á los herejes, peleó sin descanso en las batallas del Señor, le consagró pueblos enteros... Diré cuanto puede formar su cumplido elogio aplicándole lo que del piadosísimo rey Josías nos dicen los libros santos: *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*. Dirigió su corazón hácia el Señor. No se gobernó á sí mismo, ni gobernó á los demás según las leyes de la sabiduría y prudencia humana, según las reglas de la política del mundo, sino que en todas sus decisiones, en sus empresas, en todos los movimientos y acciones de su vida consultó y se gobernó por la voluntad y ley santa del Señor. Los resultados manifestaron su acierto y hacen conocer al que no quiera cerrar sus ojos á la luz, cuál es el camino para asegurar la felicidad á los pueblos. Manifestaron cuál es la política verdadera, que no se opone á la ley del Señor, y que conformándose con ella es únicamente como pueden ser respetados y santos los que mandan, y estar satisfechos los que obedecen. Diré, para ejemplo nuestro y para que bendigamos y alabemos á Dios y nos esforcemos á ser santos, que como efecto de la unión de su corazón y su afecto á la voluntad de Dios, de su conformidad con la voluntad divina, logró gobernarse santamente á sí mismo, gobernar su reino con justicia y con acierto, y extender el reino de Dios y proteger con celo santo á su Iglesia.

Á vos, soberana Reina de los cielos, á vos atribuía san Fernando todas sus victorias. Todas sus empresas comenzaban con María y acababan con María. La imagen de María santísima peleaba con san Fernando y la llevaba siempre á su vista para implorar sus socorros. ¿Á quién deberemos recurrir para anunciar con fruto y con acierto sus glorias, sino á vos que tanta parte tuvisteis en ellas? ¿Y cómo nos negaréis vuestra asistencia tratándose de un santo rey, que agradecido y deseoso de honraros os puso casa real con la competente asistencia, y os restituyó el culto en tantos templos arrancados del poder de los sectarios de Mahoma? Recibid la ternura y afectos de nuestro corazón que con las palabras del ángel os dice: *Ave María*.

Gubernavit ad Dominum...

Los reyes y poderosos de la tierra no solo tienen obliga-

ciones personales que cumplir, sino que son deudores á los pueblos que el Señor pone á su cuidado, y á la Iglesia de Jesucristo cuya conservación y aumento deben procurar. No pueden ser buenos reyes si además de ser buenos cristianos, no son justos y prudentes con sus pueblos y protegen á la religión, procurando que Dios sea honrado y que se observen las leyes de la Iglesia. San Fernando tuvo la dicha de llenar estos deberes gobernándose santamente á sí mismo, gobernando con justicia á los pueblos y protegiendo y amparando á la Iglesia.

El hombre se rige y gobierna á sí mismo cuando en él se halla todo bien ordenado; cuando el cuerpo indómito y rebelde está sujeto al alma, los apetitos y pasiones á la razón, y la razón está sometida á Dios y su santa ley: cuando están refrenadas y contenidas las pasiones y no reina en nuestro cuerpo mortal el pecado, sino que todos nuestros afanes y deseos son el que reine y domine en nosotros Jesucristo y que hagamos su santísima voluntad. ¿Cuántos estorbos no hallan los príncipes para llegar á este estado y para que penetre en sus almas la gracia del Señor? Sus pasiones son tanto más vehementes cuanto que son menos reprendidos ni castigados, y no respiran sino el ambiente de los palacios que por lo común es pestilencial y peligroso. En su interior dominan las ideas de la grandeza humana, de la soberbia, de la independencia; no se acostumbran á sujetar jamás su voluntad ni privarse de sus deseos; los rodean los aduladores que no saben jamás desaprobado sus acciones, cualesquiera que ellas sean, y hay muy pocos profetas que se atrevan á decirles como el Bautista: *Non licet*: no te es lícito. Las riquezas también, que tanto ayudan á dar satisfacción á las pasiones, la misma potestad y dominio, la gloria y magnificencia de cuanto ven irrita la soberbia, tan pronta á avivarse en nuestro corrompido natural; los placeres, los deleites, las diversiones que son casi inseparables de la majestad real, todo contribuye á sofocar la virtud y á que domine en los reyes el vicio. El Señor dió á Salomón un corazón tan dilatado y tan inmenso, cuanto son innumerables las arenas que hay en la ribera del mar; pero pasaron con velocidad los días de su piedad y candor, olvidóse de Dios y se olvidó de sí mismo, y el príncipe más grande de todos los príncipes vino á ser el hombre más frágil de todos los hombres. No nos admiremos: andaba Salomón por unos caminos donde para no declinar, no basta

tener un alma la mas inmensa y capaz, sino que era necesario emplearla toda en todos los instantes. Admirase que las llamas del horno perdonasen á los tres niños de Babilonia; pero mas admirable es, dice san Juan Crisóstomo, un príncipe cuya inocencia se liberta de los peligros de la soberanía, porque si las llamas de aquella hoguera se elevaban quince codos sobre el horno, tal vez los tronos y palacios se ven mas envueltos y hundidos en el fuego de la concupiscencia, y no hay sino quienes se apliquen á encenderle y avivarle. Si tan difíciles, dice el mismo santo, no rendirse el hombre cuando solo tiene que luchar contra su propio corazon, ¿quién resistirá cuando á las sugerencias de la concupiscencia se juntan las pasiones de los demas, que excitan y adulan, que insinuan con sagacidad y se hacen un mérito de favorecer los antojos y placeres?

La virtud de san Fernando no padeció la mas pequeña mancha; ordenó sus apetitos y deseos de modo que siempre estuvieron subordinados á la ley divina. Siempre estuvo perfectamente sujeto al imperio de la gracia. Tuvo la dicha de nacer de don Alonso el IX, rey de Leon, y de la piadosísima doña Berenguela, infanta de Castilla, quien le crió á sus mismos pechos, y con sus palabras y ejemplos imprimió tan profundamente el temor de Dios en su corazon, que todo respiraba en el niño compostura, religion y virtud. Desde su mas tierna edad comenzó á buscar al Dios de sus padres: *Cum adhuc esset puer, cepit querere Deum patris sui* (1). Y toda su vida fué una serie continuada del candor, modestia y pudor de sus primeros años. San Fernando conservó su inocencia en el ardor de la edad, en la canícula de las pasiones, en medio de los grandes escollos y peligros del trono, siendo jóven y siendo rey, entre el ruido continuo de la guerra, siempre reinó sobre sí mismo y dirigió su corazon hácia Dios: *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*.

Venció y se sobrepuso á la ambicion de dominar con su humildad; la propension á los deleites y placeres, con la penitencia y las austeridades mas mortificantes; el amor á las riquezas con el menosprecio de ellas, y su profusion en las obras de piedad y el socorro de los pobres. Veamos la historia de su vida y nos veremos obligados á decir: *Tu Domine rex sicut*

(1) Paral. c. 34. v. 3.

angelus Dei es: Tu pureza y tu virtud es semejante á la de los ángeles de Dios. Su humildad se ve bien despues de sus repetidas victorias, en la generosidad con que procura la paz con su mismo padre que pretendió despojarle de sus derechos, en la familiaridad con que trata con los pobres; en su poco aprecio de sus títulos pomposos del rey, y rey mil veces vencedor, anteponiendo á todos el de cristiano y siervo de Jesucristo; en su traje humilde, modesto con que reprendía la molicie, el lujo y profanidad de los palacios.

Aquella temible sentencia del divino Salvador: *Qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt*, témanla enhorabuena los que viven segun las leyes y costumbres del mundo; pero nada tiene que ver con san Fernando, que se gobierna segun la voluntad de su Dios y profesa la humildad cristiana. Antepone la justicia y santidad á todas las magníficas vestiduras enriquecidas con el oro y las piedras preciosas de la tierra, y se contenta con poder decir con Job: *Justitia indutus sum*. Él mismo servia á los pobres; en la campaña él hacia el oficio de enfermero con los soldados heridos, los visitaba, los consolaba, les aplicaba muchas veces las medicinas con sus mismas manos: él introdujo la piadosa costumbre de que los reyes y personas notables de nuestra España sirvan la comida por sí mismos á doce pobres el día de Jueves santo, y les laven y besen los piés, á imitacion de lo que ejecutó con sus apóstoles Jesucristo; él obedeció y se aconsejó de su madre aun despues de estar gobernando su reino, protestando á algunos cortesanos censuradores, que cuando dejase de ser hijo dejaria de ser obediente. Él se humilló á sí mismo y se hizo obediente. ¿Quién, quién pues entre los hombres pudo hacer humilde á un rey poderoso, á un rey que reinó treinta y cinco años, siempre en batallas y siempre triunfante, sino vos, Dios mio, que para nuestra confusion y ejemplo quisisteis y disteis vuestra gracia á nuestro rey san Fernando, para que publicase por su propia voluntad delante de los cielos y la tierra, que es muy justo el estar sujeto y sometido á la voluntad de Dios? Ponia san Fernando su consideracion en el mismo Hijo de Dios, que se humilló hasta hacerse hombre y tomar sobre sí las flaquezas del hombre, y cuanto mas se humillaba mas glorioso aparecia á sus ojos. Bien sabeis, Dios mio, pudo decir con el rey David, que mi corazon no se ha ensoberbecido, ni han sido mis designios altaneros;

que nunca he dado entrada en mi alma á pensamientos de grandeza, ni he aspirado á la elevacion, sino que siempre me he reconocido humilde. Á la verdad es cosa admirable, dice san Gregorio Magno, el que reine la humildad en los corazones de los grandes. Cuando los poderosos son humildes podemos decir que poseen una virtud que les es extraña, y podemos decir tambien que agradan muchísimo á Dios con esta virtud, ofreciéndole un sacrificio rarísimo y poco acostumbrado en ellos.

Con sus austeridades y vida mortificada y penitente, reprimió y refrenó la propension á los placeres y deleites. Traed á la memoria sus ayunos, sus vigias, sus cilicios, sus prolongadas oraciones aun en medio de los campamentos, aquel rigor con que castigaba su cuerpo inocente, aquella continencia y retiro de las diversiones y recreos. Y si alguna vez se hubiera manchado con el crimen, enhorabuena que armara su brazo contra sí mismo y llorase como David: *peccatum meum contra me est semper*; pero á Fernando solo le acusa la conciencia de algunas ligeras imperfecciones: le basta para mortificarse poner su vista en Jesus crucificado. Le son amargas las dulzuras y delicias del mundo, porque está unido íntimamente á su Dios, por la fe, la esperanza, la caridad, la oracion continua y fervorosa; ha gustado ya lo suave que es el Señor y no apetece otros recreos ni consolaciones. Léjos de malversar ni hacer ostentacion de sus riquezas y tesoros, se vale de ellos para el sustento de los pobres, para la fundacion de hospitales y casas de misericordia, para reparar las iglesias y monasterios. Estos ejercicios heroicos de humildad, de mortificacion, de caridad y misericordia cristiana, elevan á san Fernando á la admirable condicion de un mártir; porque ¿qué cosa mas admirable, qué martirio mas grave, dice san Bernardo, que el pasar hambre en medio de la abundancia, ser pobre en medio de las riquezas y llorar y mortificarse en medio de los placeres? Pues así supo san Fernando reinar sobre sí mismo, sujetarse á sí mismo y dirigir hácia Dios su corazon desde el mismo trono.

Gobernó tambien con justicia su reino, y santo para consigo mismo, lo fué tambien para con sus pueblos. Fué prudente en su gobierno, clemente con los culpables, un padre benigno para todos, y jamas consintió que se faltase á la mas rigurosa justicia. Estaba siempre pronto para perdonar las propias injurias, así como para castigar las ofensas contra Dios. Las blas-

femias, las usuras, todas cuantas costumbres se oponian á la ley de Dios, trató de exterminarlas de sus dominios. Jamas se dejó dominar de la política mundana y razones de estado, no conoció otra ley que la de Dios, y á ella ajustaba sus decisiones. En los negocios arduos acudia á la oracion, imploraba los auxilios del Señor, tuvo de su parte al cielo, y sus aciertos fueron tantos cuantas sus resoluciones, y sus vasallos le amaban como á padre y le obedecian al mismo tiempo como á rey. No es preciso decir ya que procuró no ser gravoso á sus pueblos y distribuir los premios y destinos á los mas acreedores á ellos. Los pueblos mismos le dieron el triunfo y le abrian sus puertas para darle posesion del reino de Leon, de que injustamente le desheredó su padre. No deseó sino hacerlos cristianos y felices á todos. No solo publicó un perdon general para todos los que le habian ofendido, sino que dispuso que todos los particulares hiciesen lo mismo. Templó con su clemencia el rigor de la justicia, y se compadeció hasta donde pudo de los criminales. Encargaba la pronta administracion y despacho de los negocios. En los pleitos de los pobres era su abogado, y en sus necesidades era su padre. Solamente le temian y temblaban en su presencia los malvados, porque su vista sola era una condenacion de los crímenes.

En las guerras que emprendió contra los moros que tiranizaban una gran parte de España, manifestó su fortaleza y magnanimidad. El rey moro de Valencia y el de Baeza le juraron vasallaje, y no sitió plaza que no tomó ni acometió reino de que no se hiciese dueño, porque no peleó jamas sin justicia, sin encomendarse á Dios y á las oraciones de los fieles, sin acompañar sus peleas con los ayunos y rogativas públicas; no sacrificó sus tropas á su ambicion, ni quiso jamas conquistar provincias para sí, sino reinos para Dios y aumentar la extension de su iglesia en la tierra.

He aquí el fin y el móvil principal de las grandes empresas y continuas guerras de san Fernando: la propagacion de la fe y humillacion de los enemigos de la iglesia. Hizo tributarios á los reyes de Valencia, Granada y otros, y al frente de sus ejércitos, armado de un áspero cilicio y de la oracion en que confiaba mas que en la fuerza de las armas, implorando el favor de Dios y de María santísima, cuya imagen llevaba en el arzon de la silla, conquistó los reinos de Murcia, Córdoba, Jaen y Se-

villa, siendo frecuentes los prodigios que el cielo obraba en su favor; y en todas partes su primer cuidado era reparar el culto divino, ofrecer á Dios los despojos que tomaba de sus enemigos, referir al Señor el triunfo de sus armas, y levantar de nuevo templos y monumentos piadosos en casi todos los sitios donde alcanzaba alguna señalada victoria.

Conócese bien cuál sería su respeto, su obediencia y su protección á la iglesia y al sumo pontífice. Cuál sería la protección á la iglesia de un rey que decía, que confiaba mas en las oraciones de los religiosos que en el valor de los soldados, y que los templos eran los alcázares de su reino, las órdenes religiosas sus muros y los coros de los religiosos los escuadrones que le defendían. De un rey que en sus mismos acampamentos cuidaba de tener templos en que se celebrasen diariamente los divinos oficios, y se frecuentasen los sacramentos, siendo el primero á dar el ejemplo. De un rey que no desnudó su espada sino para defender y dilatar la fe de la iglesia católica, apostólica, romana. En nuestros días se oirá tal vez con indignación por muchos cristianos sin piedad, sin celo y sin religion alguna, que el rey Fernando no solo se dedicó á exterminar de sus dominios á los herejes albigenses, sino que él mismo llevó la leña en sus hombros y aplicó con sus manos el fuego á la hoguera en que habían de ser abrasados. Á todos, y muy particularmente á su hijo el príncipe don Alfonso al tiempo de morir, encargó la obediencia al sumo pontífice, la protección de la iglesia, la veneración al estado eclesiástico, y sobre todo la propagación de la fe.

Quiso el Señor premiar los méritos de su siervo. Concedióle sus deseos de restaurar á Sevilla y que resonasen en sus templos las alabanzas del Dios vivo: y acometido poco después de una enfermedad nacida de los trabajos y fatigas sufridas en su sitio, que duró diez y seis meses, se dispuso para morir recibiendo con el mayor fervor los santos sacramentos, y pidiendo públicamente perdón á los circunstantes y á todos sus vasallos de todo aquello en que pudiera haberles ofendido. En la estancia del rey santo no se oyen sino los clamores y lágrimas de los que se hallan presentes y le dicen: que no tienen agravios que perdonar, sino muchísimos beneficios que agradecer y buenos ejemplos que imitar. Los ángeles del Señor llevan en triunfo su dichosa alma, y á nosotros nos queda un modelo

que imitar, para que todos en todos los estados aprendamos á reinar sobre nosotros mismos, siendo humildes y mortificados en nuestras obras, en nuestras palabras, y gobernando nuestro corazón según la voluntad de Dios. Para que aprendamos á ser justos y prudentes, benéficos y caritativos, rectos y afables con todos los que estén á nuestra obediencia y sobre quienes ejercemos alguna autoridad. Para que aprendamos á reverenciar y amar á la iglesia, á venerar á sus prelados y sacerdotes, á defenderla si somos poderosos, y cuando no, á orar por sus protectores y defensores; á procurar que se extienda por todas partes, y que triunfe libre de las herejías, impiedades y pecados; á portarnos como hijos suyos pidiendo al Señor su conservación y aumento, y no desacreditándola con nuestras obras.

¿Que podremos decir al Señor para excusarnos de nuestros delitos, después de tener á la vista el ejemplar de san Fernando? Nuestros peligros, nuestras ocasiones, nuestros medios para entregarnos á los placeres y deleites, ni son tan poderosos, ni tan frecuentes, ni nos estrechan tanto como á san Fernando en medio de los palacios, las riquezas y las lisonjas. San Fernando se levantará contra nosotros en el día del juicio y nos condenará.

No, glorioso santo, rogad ahora al Señor y emplead vuestro poder en favor de este reino que os ama y os venera, mirad con piedad á vuestro pueblo, y alcanzadnos á todos el que gobernemos nuestro corazón hácia Dios; que nos dirijamos según la ley santa del Señor y no hagamos otra voluntad que la suya, que reinemos sobre nosotros mismos dominando nuestras pasiones y apetitos, que seamos justos y religiosos, y goceemos después de la gloria con vos y con todos los santos por los siglos de los siglos. Amen.